

La Semana Ilustrada

Año II.

Redacción y Administración: Marqués
de la Ensenada, núm. 8.—Teléfono 38.

Madrid 11 de Enero de 1908

10 céntimos—Número suelto—10 céntimos.
Año. 5 ptas. Semestre, 3. Trimestre, 1,50.

Núm. 37.



LA VINDICACIÓN DE UN HÉROE ESPAÑOL



Solemne entrega del cadáver de Martínez Illescas, hecha por el ejército norteamericano a la viuda del héroe.

Ayuntamiento de Madrid (Véase el relato y fotografías en las páginas siguientes.)

LA VINDICACION DE UN HEROE ESPAÑOL

9 de Agosto 1898.

Antonio Cortón ha publicado en *El Liberal* un hermoso artículo, señalando una gran injusticia y pidiendo al rey, á las Cortes, al Gobierno y al pueblo que se su sanean, en parte, el doloroso olvido en que durante diez años se enterró á la viuda é hijos de un héroe español.

No habrá sido muy grata la tarea del brillante cronista que para remediar un gran infortu-



ANTONIO CORTÓN
Redactor de *«El Liberal»*.

nio tuvo, forzosamente, que poner sus manos en la llaga sangrante del desastre nacional, evocando vergüenzas y las tristezas sin fin que constituyeron nota principal de nuestra guerra con los yanquis.

Pero si á Antonio Cortón, como á todo buen patriota, le fué ingrato y sensible añorar públicas pesadumbres que no tienen remedio, en cambio ¡cuánta no habrá de ser su alegría si consigue con ello la rehabilitación de un desafuero!

Trátase de un hecho de armas, notable entre los gloriosos, del que fué protagonista heroico un jefe español, el comandante D. Rafael Martínez Illescas, la tarde del 9 de Agosto de 1898, víspera del día en que cesó en nuestra antigua colonia portorriqueña la dominación española.

Dos acorazados y 11 transportes conduciendo 10.000 hombres como ejército de desembarco, acababan de hacer su aparición fastuosa y teatral en las playas de la ciudad de Ponce, desprovista en absoluto de cañones.

Trescientos veinte hombres eran no más los mártires encargados de velar por el honor de la patria.

Una falúa, con bandera de parlamento, y á cuyo bordo venía un oficial americano, atracó en el muelle.

«Rendición ó bombardeo», tal era el dilema. De una apremiante, desesperada consulta que se hizo á la superioridad no vino otra solución que la siguiente ambigua frase: «Cumplid con vuestro deber.»

La interpretación de este conciso despacho, firmado por el

general Macías, no se hizo esperar y lo fué con dos determinaciones contrarias: los que pensaron que no debían entregar la ciudad á un formidable ataque sin defensa posible, y, por lo tanto, decidieron rendirse; los que sintieron en el fondo del alma palpar, augusto, el nombre del regimiento en que servían, y diciendo ¡Patria! optaron por que la muerte sellara su martirio.

A la cabeza de estos bravos figuraba el comandante Illescas, que, arengando á su pequeño ejército, partió decidido hacia la villa de Coamo.

Entretanto Wilson, solemne y reposadamente, desembarcaba sus hombres.

Manifiestos cortesés, galantes atenciones: tal era la política del invasor que, en columnas cerradas, recorría los pueblos de la isla como en un viaje de recreo.

Una tarde que el general americano paseaba su aburrimiento, vióse sorprendido por la llegada de un soldado que le traía un parte urgente. Era un despacho de su segundo, el mayor Hens, notificando que en las inmediaciones de Coamo las fuerzas americanas habían encontrado desesperada resistencia por parte de un puñado de españoles, á cuyo frente figuraba un loco, «un Don Quijote», decía el parte.

Estas noticias las recibió Wilson cuando, como hemos dicho, paseaba por las calles del pueblo, seguido de una multitud de curiosos.

El general, á quien contrariaron no poco las malas nuevas, dictó sus órdenes, disponiendo con energía que por todos los medios se redujese al valiente.

El nombre del comandante Illescas sonó entre la concurrencia, señalándolo como al jefe del puñado de héroes que tan valerosamente, y en tan desventajosas condiciones—300 contra 5.000—, luchaba por el honor de su bandera.

Disponíase Wilson á marchar en persona á combatir al bravo, cuando ocurrió un incidente de índole particular, que llenó de intensa emoción á todos los circunstantes.

Del grupo de curiosos se destacó una hermosa niña que apenas contaría ocho años, y abrazándose á las piernas del caudillo yanqui, díjole llorando:

—¡No mates á mi papá!

¡Era una hija del comandante Illescas!

Emocionado, balbuciente el jefe americano besó á la nena, diciéndole enternecido:

—Yo prometo devolverte á tu padre!

Wilson partió. Al llegar al campo de batalla, todo había

terminado. El heroico comandante fué muerto en la lucha. Cubría su cuerpo la bandera española. De su uniforme faltaban las estrellas, las insignias del cuello de la guerrera y la escarapela del sombrero.

Entusiasmados por la noble fiera del jefe español, los soldados yanquis quisieron conservar una reliquia del bravo.

Antonio Cortón publica en su citado artículo de *El Liberal* la relación del combate en que pereció Illescas, siendo el narrador un sargento que tomó parte en la lucha. De esas *Memorias* son los párrafos que siguen:

«A las siete de la mañana nos pone alerta el sucesivo chispazo de 80 cañonazos. La mitad de los 300 ó 350 hombres que quedábamos en Coamo, se mantuvieron de guardias avanzadas en distintos sentidos; la



otra mitad nos apostamos en las trincheras de la plaza y bocacalles principales, esperando serenamente la aparición del contrario. El comandante Illescas, que no se cansa de repetirnos la palabra Patria, nos anima con sus arengas y ejemplos, y el capellán con los consejos de la fe y religión.

«Un paisano se presenta al comandante anunciando que el enemigo nos había cortado la retirada; nuestro jefe ordena la concentración de los guardias y envía una compañía, al mando del capitán D. Raimundo de Hita, á la parte elevada del pueblo. Esta distingue al enemigo, que estaba en los montes ocupando posiciones ventajosísimas, y comienza un tiroteo de fusilería, al que contesta la parte contraria con una avidez ensañadora.

«Abandonamos nosotros las trincheras de la plaza y partimos en retirada.

«Pero al dar vista al enemigo, fué tal el menudeo de sus balas, merced á la superioridad del número, que muchos soldados, sobrecogidos de pavor, se guarecen en la casilla de camineros y disparan con ahinco inusitado. Aún recuerdo de un cabo gallego, que puesto de pie sobre la azotea, endilgaba impertérrito una infinidad de balas; admiré su actitud y, sonriente, le pregunté por dónde se subía para formar dúo; los proyectiles llovían á torrentes, y no hubo más remedio que buscar defensa.

«El comandante Illescas, que intentaba una retirada forzosa en relación con las instrucciones que tenía, desaloja á sablazos aquella tropa de valientes que no reparaba en la inutilidad de la defensa, y les arenga y les ordena tomar un atajo y salvar los montes para ocupar posiciones estratégicas y batir fuego en retirada.

«Pero ¡ay! aquel corazón de hierro, aquel esforzado caballero, aquel militar insigne, cuando se consideraba con más bríos en el mundo, con más sensatez en su juicio, cae exánime del caballo, y yo le considero desvanecido; me acerco á él, le llamo y observo un orificio en el centro del bolsillo: el de una bala que le había partido el corazón. Veo los estertores de su agonía, sus ojos mirando al cielo, cerrándose poco á poco, su cuerpo rígido con los miembros extendidos. ¡Está muerto!»

Así concluyó el héroe de Coamo. Era el 9 de Agosto.

Aquel mismo día el general Wilson cumplía la palabra que dió á la niña, devolviéndole á su padre.

Cuatro soldados yanquis conducían un féretro ocupado por el cadáver de Martínez Illescas, que llevaba por sudario la bandera misma de su regimiento. A la cabeza de la extraña comitiva marchaba un oficial americano. Las órdenes del general Wilson eran terminantes: entregar el cadáver y una carta á la viuda del jefe español. La carta iba firmada por el jefe de la compañía cuyos certeros disparos acabaron con la vida de Illescas, y decía así:

«Señora doña Eugenia Bugallo, viuda de Martínez Illescas.

«Señora: Permítame usted que antes de abandonar esta isla, teatro de escenas tan dolorosas, le ofrezca mi más honda simpatía, en medio de su aflicción, y le exprese mi admiración más profunda hacia el valor de su marido.

«Antes de sucumbir pasó y repasó seis veces, por lo menos, toda la línea de nuestra fuerza, hallándose distintamente á nuestra vista y bajo los disparos que sin interrupción les hi-

cimos por espacio de una hora.

«En tales circunstancias debió de comprender que su muerte era inevitable.

«La rendición, que estoy seguro jamás se hubiese podido obtener mientras él viviese, sobrevino inmediatamente después de su caída. Su muerte fué la de un héroe, señora; el dolor inmenso que la sobrecoge debe mezclarse con la íntima satisfacción que ha de producir el saber que su esposo, hasta en su manera de caer, demostró que era el tipo legendario del soldado ideal.

«Le suplico tenga á bien perdonar la intención de quien, como yo, formaba parte de las fuerzas adversarias; pero la admiración hacia el enemigo intrépido y valeroso es privilegio del soldado, y una de las pocas satisfacciones de la guerra, y yo entiendo que es mi deber rendir este tributo á la memoria de aquel héroe.

«Queda de usted atento servidor, HARRY ALVAN HALL, capitán del 16 regimiento de infantería.

*

Todos estos incidentes permanecían ignorados, hasta que Antonio Cortón publicó su sensacional artículo, por el que también se supo la miseria que pesa sobre la viuda é hijas del héroe de Coamo.

En su interviú con doña Eugenia Bugallo, relata Cortón—*El Liberal*, fecha 3 del corriente—detalles que demuestran hasta qué punto es desesperada la situación económica de la familia de Martínez Illescas: no tienen ropa con que abrigarse, viviendo de milagro en una pobre casa de Carabanchel Bajo, con los cristales rotos y la despensa vacía.

Quiso el repórter conocer de visu los horrores denunciados. Era, además, obligación suya proporcionar á los lectores de *LA SEMANA ILUSTRADA* una información gráfica con la que se pudiera documentar lo peregrino y fantástico, novelesco y patético de esta triste historia de heroicidad é infortunio.

En compañía de Alfonso, pertrechado de cámara, llegué á la calle de Jaime Gerona, número 4, situada, como queda dicho, en los Carabancheles.

—«La señora viuda de Martínez Illescas?»—preguntamos con emoción.

—«Aquí es—respondió una mujer alta y cincuentena—; pasen ustedes mientras le aviso.

Y balbuciente, confusa, se internó en un pasillo. Vestía un remendado traje de percal negro, alpargatas, y un pañuelo del mismo color rodeaba su cabeza.

Pasamos á una habitación, más que modesta, miserable.

Un viejo sillón, baúles rotos y cajones de diferentes tamaños eran el único atalaje, loquesustituía a las sillas. No habíamos acabado de instalarnos, cuando llegó a nosotros una señorita de espiritual belleza, modosa, fina, de cutis nacarado, con los cabellos negros y los ojos azules. Con infantil, dulce, resignada sonrisa, nos hizo comprender que adivinaba el objeto de nuestra visita.

—Usted, señorita, ¿fué la niña que en Ponce rogó misericordia a un general yanqui?

Así empezamos la interviú.

—Yo soy, en efecto, Carolina Martínez Illescas. Por la época a que usted ha hecho referencia, me decían *Carito*.

Estábamos pendientes de sus palabras, cuando solemne, grave, vino a saludarnos la desolada viuda del héroe. Los presentimientos del *reporter* habían resultado ciertos. La persona que nos abriera la puerta no era otra que doña Eugenia Bugallo.

—No para hacer un ridículo cambio de indumentaria, sino por un sentimiento que no acierto a definir todavía, oculté a ustedes mi persona.

Así empezó a hablarnos la infortunada señora. Ya era otra. A través de sus pobres, toscas vestiduras traslucíase la dama acostumbrada al trato de una sociedad exquisita. La brillantez de una sólida instrucción resplandecía en sus palabras. Lisa, llanamente, con los ojos secos de tanto llorar, nos contó el calvario de su vida, la negra orfandad de sus hijos desde el día aciago en que la caballerosidad del general americano le entregó el cadáver de su esposo hasta la fecha, en que, gracias a Antonio Cortón, se atreve a vislumbrar una reparación justa.

Quisimos escuchar de labios de la viuda de Illescas el emocionante relato de la escena cruel y hermosa a un tiempo mismo, en que recibió del yanqui, de sus propios matadores, el cadáver de su marido.

«Rafael—nos dijo—, cuando no quiso rendirse y se retiró a Coamo, antes de partir, instaló a mí y a sus hijos en la casa que en Ponce tenía una acomodada

mitiva, con el oficial que de parte de Wilson me traía la carta, venían como particulares mister Greem, un caballero norteamericano que me ofreció—sin que yo lo aceptase—cuanto dinero me hiciera falta para trasladarme a España con mis hijos, y mister Carlos, jefe de Estado Mayor del general Hens, quien cobró tal afecto a mis desventuradas hijitas, que dos días después se empeñó en retratarse con ellas, en actitud de protegerlas—decía él—en nombre de los Estados Unidos.

«Un año más tarde, ya en Madrid, y después de comenzadas las privaciones a que durante diez años han estado sometidos mis hijos, todavía he recibido varias cartas del noble corazón de mister Carlos, quien, sabedor de que el Gobierno español no me había concedido gracia alguna, me pedía autorización para que él gestionara cerca del Estado americano el que, por merced especialísima, se me diera una pensión.

«Yo siempre me negué y continuaría negándome; que me repugna la idea de recibir dinero de los que fueron—aunque nobles y honrados—enemigos matadores del padre de mis hijos.

«El 25 de Agosto salí de Ponce con rumbo a España. El entierro de Rafael lo pagué yo de mi bolsillo particular, vendiendo mis muebles.

«Desde Ponce a San Juan de Puerto Rico, en donde tomé el barco que me devolvió a la patria, con no poca sorpresa, me vi, durante el trayecto, saludada oficialmente por comisiones de militares yanquis. Wilson había dado orden para que se me rindieran honores.

«Mientras permanecí en lo que ya era territorio americano fui conocida por «la viuda del héroe de Coamo». En cuanto puse el pie en el vapor español, se me llamó a secas «la viuda de Martínez».

«De Puerto Rico salí con tres hijos: Carolina, que ven ustedes aquí, y que tiene diez y nueve años; Eugenia, que ha ido a Madrid a entregar una labor de bordado—cuyo precio son catorce reales—, de diez y siete

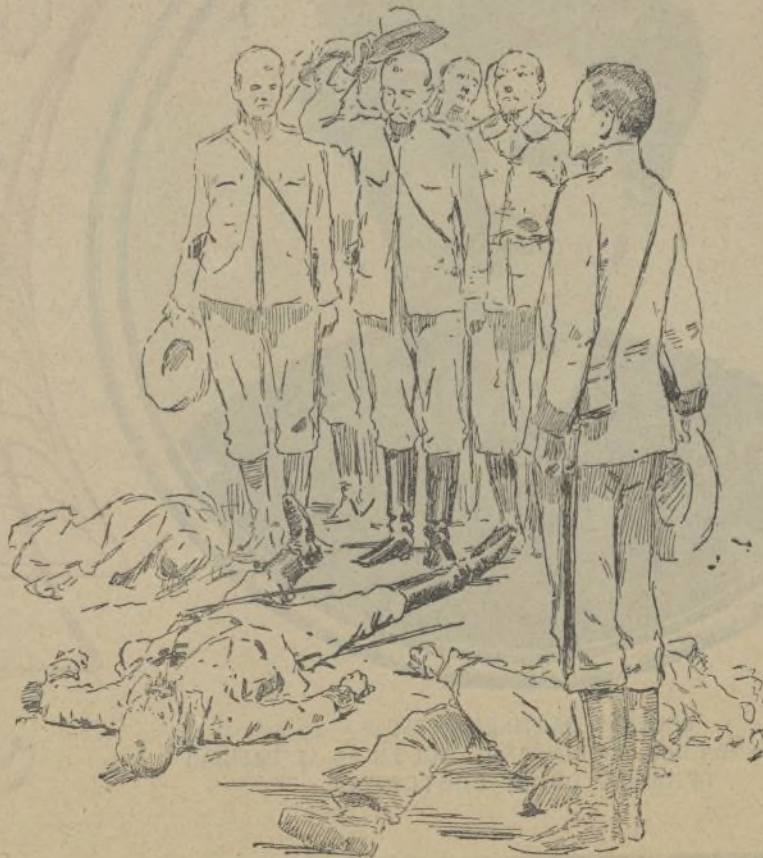
castigada su naturaleza débil y que nuestra miseria no pudo reponer con una siquiera regular alimentación.»

Eugenia, como Carolina, la otra huérfana del heroico Illescas, es también una preciosidad de criatura. Así lo manifiestan personas que la conocen y que testimonian también

las campañas de su tiempo y con una intachable hoja de servicios.

El día que cayó muerto, cubriéndose de gloria, cumplía cuarenta y cuatro años.

Cuando a mis instancias, doña Eugenia Bugallo, buscaba en un cofrecillo el retrato de mister Carlos, en grupo con las



de su bondad de ángeles. Estas dos señoritas, instruidas y hacendosas que estuvieron algunos años en el colegio de huérfanas y son el único consuelo que tiene en el mundo la que, a semejanza de su marido en la guerra, en el rudo combate de la vida también ha sabido hacer heroicidades. Vive con doce duros al mes, pues para sufragar los gastos de la enfermedad y muerte de su hijo, tuvo que empeñar la pensión, reduciéndose sus entradas mensuales desde 110 pesetas a la 60 que hace tiempo cobra.

El matrimonio Martínez Illescas disfrutó quince años de santa y dichosa vida conyugal, teniendo siete hijos, de los que afortunadamente para los que desaparecieron, sólo viven dos.

El comandante Illescas era

niñas, aparecieron también unas venerandas reliquias: la petaca, la cartera, el pañuelo y un escapulario, todos estos objetos manchados con la sangre generosa del héroe español, y que la viuda y las huérfanas besaban con unción, llorando en silencio.

En la Península, el comandante Martínez Illescas sirvió en el regimiento *España*. Luego fué jefe del *Patria*.

Ya hemos visto cómo el bravo caudillo supo honrar la santidad de esos nombres.

Enrique SÁ DEL REY.

CARTA ABIERTA

Sr. D. Miguel Moya.

Mi querido amigo y maestro: Allí, en las provincias del Noroeste, por donde usted andaba, habra leído con la complacencia fraternal con que lee siempre los artículos de todos nosotros, el modesto trabajo de información que yo realicé para honrar la memoria de un héroe olvidado y reclamar para su descendencia, que ya estaba a punto de morir de hambre, el derecho a vivir.

Antes que el comandante Illescas, o al mismo tiempo que él moría, otros soldados españoles, conocidos u oscuros, daban su vida por la patria. Yo he recibido, emocionado, cartas y visitas de muchas viudas honorables, que han venido a decirme que también sus esposos murieron por la patria y que también ellas son pobres, y también necesitan una limosna del Estado. Tienen razón, tienen razón. Pero el caso de Illescas es verdaderamente un caso excepcional y único: el muerto traía para nosotros una carta de recomendación escrita por el adversario que, queriendo salvarle, se vió obligado a darle muerte; la firmaba Halri Alvan Hall, y el original en inglés de esa epístola hidalga está en el Supremo de Guerra y Marina. En este país de las reco-

mendaciones hay que atender la que nos hizo ese noble adversario, que hubiese dado muy gustoso su vida por salvar la de Illescas.

Pero no entonemos ditirambos, que no necesita la memoria del héroe. Atendamos, y pronto, a su infortunada viuda y a sus pobres hijas. El movimiento de piedad que yo, apoyado y alentado por el grande y fuerte corazón de Alfredo Vicente, tuve la fortuna de iniciar, es necesario que sea útil, y lo que yo he propuesto, he de intentar que se realice.

El día en que mi artículo «Una deuda de España» se publicó en *El Liberal*, escribió *Heraldo de Madrid*:

«Cortón pide a los Sres. Moya, Perojo, Cervantes, Francos Rodríguez, López Ballesteros y Canals, a los cuatro primeros porque fueron diputados por Puerto Rico, y a los dos últimos porque nacieron en la pequeña Antilla, que apoyen en el Congreso la demanda de una pensión decorosa para la infeliz viuda y para los desgraciados hijos de Illescas.

Nuestro director se une con entusiasmo a esa petición y ofrece su apoyo en unión de los aludidos. Al Sr. Cortón corresponde, por su noble iniciativa, el convocarlos a todos.»

Con toda el alma he agradecido al periodista ilustre que dirige el *Heraldo* esa tan amable invitación. Esperaba, para responderla, que usted regresase de su viaje a provincias. Y ahora que usted está ya entre nosotros, he de decir que yo no acepto ese encargo honorífico. No lo acepto, mi querido Moya, ni aunque usted me lo ruegue, ni aunque usted me lo mande. No quiero que mi nombre suene, sino que mi idea triunfe. Periodista que he tenido la suerte de que mi pobre pluma, por primera vez en mi vida, haya servido para algo, doy por acabada mi aventura y vuelvo a mi rincón.

Y cambiando, siquiera una vez sola, nuestros papeles respectivos, soy yo quien ahora exijo de usted, en nombre de la Caridad, en nombre del decoro de la patria y en nombre de la viuda y de las hijas de Martínez Illescas, que en este empeño nos dirija, y sea usted el que convoque, para buscar sobre el asunto la solución urgente, a los diputados referidos y a los dos dignos senadores que, espontáneamente, noblemente, han ofrecido su concurso: Don Francisco Lastres y D. Francisco García Molinas.

No por convertirme en oficioso agradador de usted, sino porque lo imponen de consuno la historia política de usted y el puesto que en el mundo de la prensa tan dignamente ocupa, endoso a usted esta letra. Usted, senador y diputado en ocho ó diez legislaturas por ambas Antillas, fué el lazo de unión entre los antillanos españoles y los peninsulares. El nombre de usted lo respetaban allá, en las colonias, todos los partidos.

Pero, además, esta campaña por la viuda de Illescas no es la campaña de un periódico; es la campaña de la Prensa, de toda la Prensa de Madrid, que con voto unánime ha exigido esa reparación patriótica; y usted ha sido y es, desde su fundación, el presidente respetado, y seguramente vitalicio, de nuestra Asociación de la Prensa.

Y usted hará, yo así lo espero, que la recomendación sagrada que el cadáver de Illescas traía en su bolsillo la atiendan las Cortes, y que, reparada la injusticia, pueda dormir en paz, bajo los sauces extranjeros, el soldado español que en aquel infausto amanecer de un día 9 de Agosto, al salir el sol, que había de ser el postrero de España en las Antillas, firmó con su sangre el testamento viril de una raza...

ANTONIO CORTÓN.



familia, muy amiga nuestra, los señores de Porrata Doria. En esta hospitalaria morada recibí una noche—la del 9 de Agosto de 1898—el cadáver de mi pobre marido. En la triste co-

años, y un pobre niño que, adolescente, cuando se preparaba para ingresar en el Cuerpo de Artillería, murió tuberculoso, enfermedad contraída por el excesivo trabajo con que estuvo

hijo de un bravo marino de alta graduación, contralmirante, que fué jefe del Apostadero de la Habana. A los dieciocho años era capitán graduado, habiéndose distinguido en todas

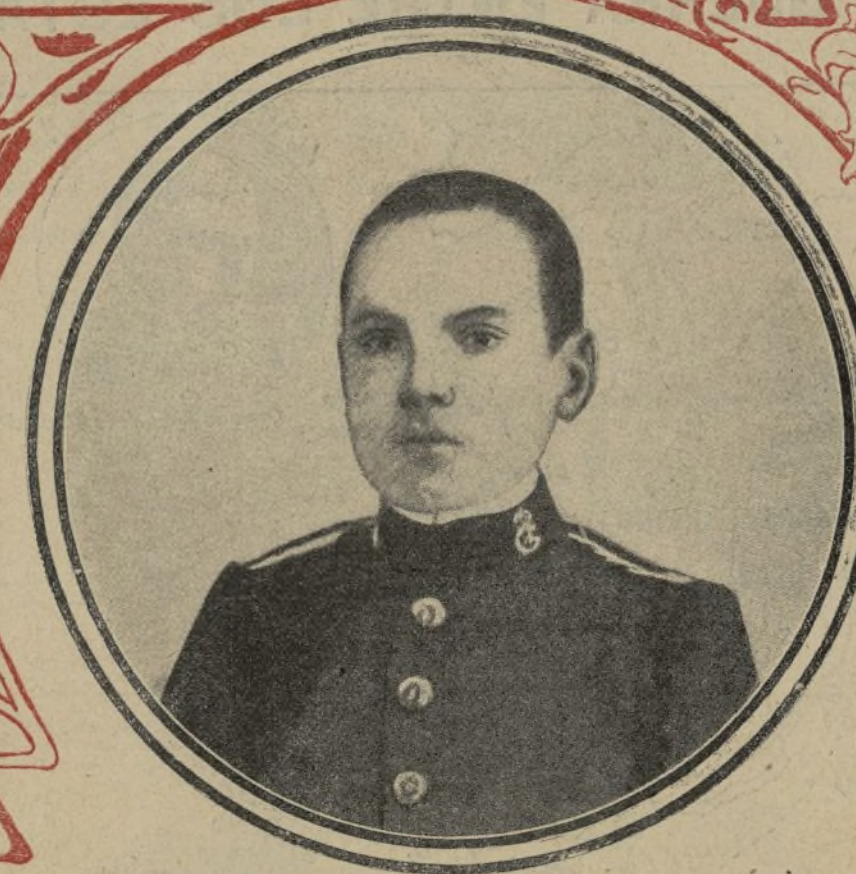
Ayuntamiento de Madrid



EUGENIA MARTÍNEZ ILLESCAS,
HIJA SEGUNDA DEL JEFE ESPAÑOL, QUE EN LA ACTUALIDAD
TRABAJA COMO COSTURERA



DON RAFAEL MARTÍNEZ ILLESCAS, COMANDANTE DE EJÉRCITO, MUERTO
HEROICAMENTE EN COAMO (CUBA) EL 9 DE AGOSTO DE 1898.



UN HIJO DEL MATRIMONIO MARTÍNEZ ILLESCAS,
AVENTAJADO ALUMNO DEL COLEGIO DE HUÉRFANOS,
FALLECIDO A LOS DIEZ Y SEIS AÑOS.



CAROLINA MARTÍNEZ ILLESCAS, LA MAYOR DE LAS HIJAS DEL HÉROE DE COAMO, QUE EN LA
ACTUALIDAD TRABAJA COMO BORDADORA.
(Fotografía ALFONSO.)



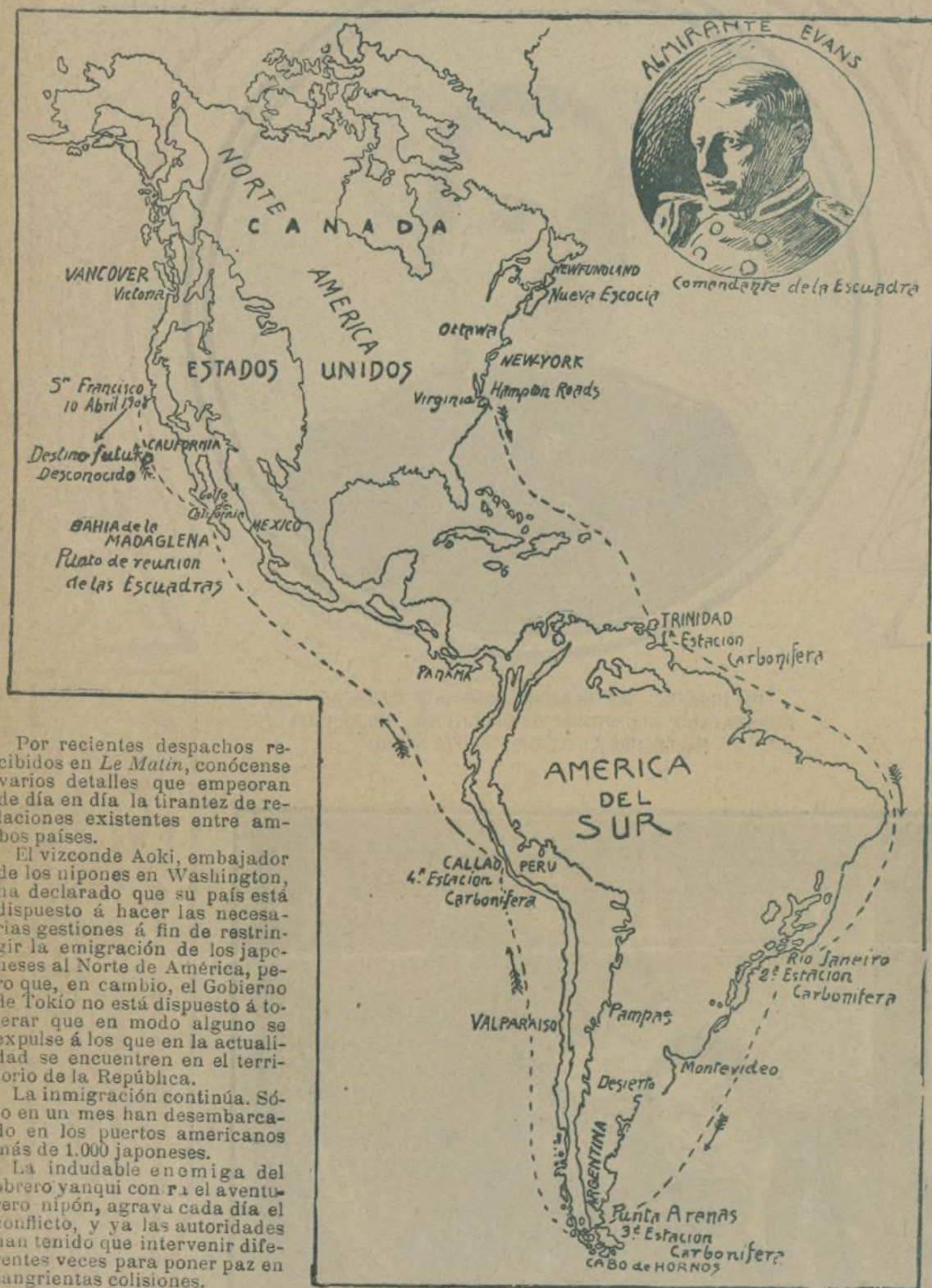
MISTER CARLOS, JEFE DE ESTABLECIMIENTO, QUE
SINTIÓ GRAN AFECCIÓN POR LAS DESVALIDAS HUÉRFANAS.
(LÉASE LA CURIOSA INFORMACIÓN DE LAS PLANAS PRECEDENTES)



DOÑA EUGENIA BUGALLO, VIUDA DEL COMANDANTE MARTÍNEZ ILLESCAS, EN SU POBRE MORADA
DE CARABANHEL BAJO.
(Fotografía ALFONSO.)

CONFLICTO INMINENTE

¿HABRÁ GUERRA ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y EL JAPÓN?



Por recientes despachos recibidos en *Le Matin*, concócese varios detalles que empeoran de día en día la tirantez de relaciones existentes entre ambos países.

El vizconde Aoki, embajador de los nipones en Washington, ha declarado que su país está dispuesto a hacer las necesarias gestiones a fin de restringir la emigración de los japoneses al Norte de América, pero que, en cambio, el Gobierno de Tokio no está dispuesto a tolerar que en modo alguno se expulse a los que en la actualidad se encuentran en el territorio de la República.

La inmigración continúa. Sólo en un mes han desembarcado en los puertos americanos más de 1.000 japoneses.

La indudable enemiga del obrero yanqui con el aventurero nipón, agrava cada día el conflicto, y ya las autoridades han tenido que intervenir diferentes veces para poner paz en sangrientas colisiones.

En efecto, doscientos obreros de la villa d'Ogden, al enterarse de que había sido admitido un grupo de japoneses en una obra de cantería, protestaron

ITINERARIO DE LA ESCUADRA YANQUI QUE SE DIRIGE DESDE NEW YORK A SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA, EN LAS COSTAS DEL PACÍFICO

furiosos y al grito de ¡mueran los nipones! arremetieron contra los extranjeros.

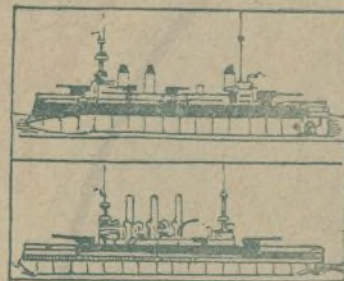
Al principio, éstos huían; pero, reponiéndose, cargaron sobre los agresores.

Gracias a la policía que intervino oportunamente, practicando detenciones, no se libró una verdadera batalla.

El Gobierno yanqui no ha pretendido disminuir la importancia de tan graves acontecimientos, y el presidente ha autorizado a Mr. Root, ministro de Negocios Extranjeros, para que haga saber a las autoridades de Tokio que, aun en el caso de que el Parlamento de los Estados Unidos acoja el proyecto de ley tendiendo a impedir la inmigración de obreros japoneses, Mr. Roosevelt opondrá su veto.

En suma: que los dos grandes colosos apréstanse a una fiera lucha. Ambos se miran con recíproco respeto. Los Estados Unidos se abstienen de provocar con ligerezas al Imperio del Sol naciente, acostumbrado a vencer, y que recientemente supo asombrar al mundo todo con sus flamantes victorias. Por su lado, el Japón no pierde de

invade el Norte-América. Sólo en San Francisco hay 30.000 asiáticos que disponen de dos teatros, seis fumaderos de opio y 110 casas de juego.



EL BLINDAJE DEL «PATRIE» Y EL DEL «CONNECTICUT»

La raya negra indica, en los dos grabados que publicamos, el blindaje protector de los buques. En el «Patrie» rebasa dos metros y cuarto la línea de flotación. En el «Connecticut», la coraza protectora desaparece debajo del agua.

En el Oeste americano hay cerca de 120.000 chinos. De 1.º de Julio de 1905 al 30 de Junio de 1906, aparecieron en California 14.000 japoneses. Así, la increíble fecundidad



RECEPCIÓN DE UN DESPACHO POR TELÉFONO SIN HILOS A BORDO DEL ACORAZADO «CONNECTICUT».

vista las ventajas que tiene el futuro enemigo con su incomparable situación geográfica, abonada a prontas é incontestables medidas.

Verdaderamente la situación se hace cada vez más crítica é insostenible. La raza amarilla

de la raza amarilla, la necesidad de expansión de los pueblos que el sol de su patria no pu de nutrir, arroja hacia las costas del Pacífico, con desprecio de todas las leyes restrictivas, verdaderas legiones de vagos é indocumentados.

CINEMATOGRAFO SEMANAL, por Tovar.



Los desgravados del vino.



Las instituciones de Fornos llorando su clausura.



En Barcelona.
—Le compro este reloj si me lo voi garantizar.
—Pero usted no sabe que se han suspendido las garantías?



Las oposiciones para policía.
Tribunal: ¿Puede usted decirnos qué hay que hacer para la captura del asesino de Vicenta Verdier?—Opositor: Esa pregunta no está en el programa.



El Mokri en Madrid.
El intérprete ofreciendo la Paz (Hotel) al Mokri.

Ayuntamiento de Madrid

COSAS DEL OTRO JUEVES

Ya se ha perdido la clásica y amable costumbre de echar los *Estrechos*.

Apenas si el día de Año Nuevo se ve por las esquinas de la corte tal cual mesilla cubierta hasta el remate de las patas por una sábana de alba blancura, maculada con las salpicaduras del barro de los coches, sobre la que descansan los *Estrechos*, para damas y galanes, impresos en papel de diferentes colores, que sendas piedras defienden del soplo del viento y de la rapacidad de los chiquillos.

De noche, atraen la atención de los transeúntes hacia la inocente y tradicional mercancía, un par de velas encendidas en los cuellos de sendas botellas, á guisa de candeleros, que dan al callejero artefacto apariencias de mesa de petitorio, como las que en Semana Santa se establecen en las iglesias.

Completan la ficción las monedas que, á manera de reclamo, va dejando á la vista del público la vendedora, arrellanada en una silla, con el cuerpo lúcido en un mantón astroso, por entre cuyos repliegues esconde las manos ateridas, envuelta la cabeza en un pañuelo descolorido.



y otros lanza su pregón gango-so y arrastrado con tonillo de letanía:

A diez céntimos refranes para damas y galanes.

Los transeúntes pasan indiferentes sin reparar en aquel artefacto pseudo-religioso, y algunas almas caritativas lanzan, maquinalmente, una moneda por la costumbre que tienen de hacerlo en las iglesias, y otras, más distraídas, hasta se santiguan ó se descubren, según el sexo.

Raro es el que compra, tan raro que la industria parece, llevándose consigo una de nuestras más viejas y típicas costumbres.

¡Con qué fruición la cultivaban nuestros abuelos y hasta nuestros padres! Días antes, ya el elemento joven y aun el muchacho se estaba relamiendo de gusto; en las tertulias se interrumpían quince días antes

cribían los de todos los conocimientos, y ya, no sabiendo á quienes poner, se incluía á los criados y hasta al gato de la casa.

¡Las trampas que se hacían para que los pretendientes salieran en los *Estrechos* emparejados con sus adorados tormentos, y los novios oficiales con sus novias, y el tipo más ridículo de la tertulia con el gato!

También la maledicencia se

gan las papeletas, el marido.

—Ya verán ustedes como no dice ni *mí*.

Y llegaba el día clásico de la extracción de los nombres y de los motes, y allí era el gozar por lo bien que la casualidad lo iba compaginando todo y el reírse de las insulseces rimadas en verso ramplón, por un vate anónimo de las Cambronerías.

—A ver su papeleta, capitán —apuntaba una chiquilla á la

Esta amable diversión de nuestros mayores ya está expirando; la falta el ambiente; aquellas tertulias burguesas que desaparecieron con la camilla y el quinqué de petróleo.

Inolvidable camilla, en torno de la cual, fuera cualquiera su tamaño, cabía todo el mundo, y bajo cuyas faldas discretísimas jugueteaba el amor con los pies y las manos de los concurrentes.



valía de este juego inocente para dar su dentellada y hacer públicos, mediante la caprichosa casualidad, hábilmente manejada, amores de tapadillo y afinidades ilegales que daban lugar á sabrosos comentarios.

—Es preciso que el capitán salga con la mujer de D. Lino.

—¿Para qué?

—Para que vean que no nos chupamos el dedo.

—Quien se lo chupa es ella, que cree que nos engaña.

—A ver qué dice, cuando sal-

que todos los novios se la morían tísicos.

—Que se lea, que se lea—in-sistían las demás muchachas.

Y una de ellas se la arrebató de las manos y leía:

Más que á la mujer que adoras debes temer al marido, pues es capaz de matarse porque se case contigo.

Bravo, bravo, gritaba el concurso, y la mujer de D. Lino se ruborizaba todo lo que podía ruborizarse.

Con qué profunda filosofía advertía la dueña de la casa: ¡Señores, que se va á dar una vueltecita al braserol...

Y aun á pesar de advertirlo, sorprendía algunos pies y algunas manos que se habían quedado rezagados en su coloquio amoroso.

Los gatos de ahora ya no están al corriente de ciertas intimidades.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.
(Dibujos de SANCHÁ.)

PELÍCULAS DEL CINEMATOGRAFO, por ToVar.



El plato del día.—*Pichón* en toda clase de salsas.



Memento dispensa protección á La Cierva.



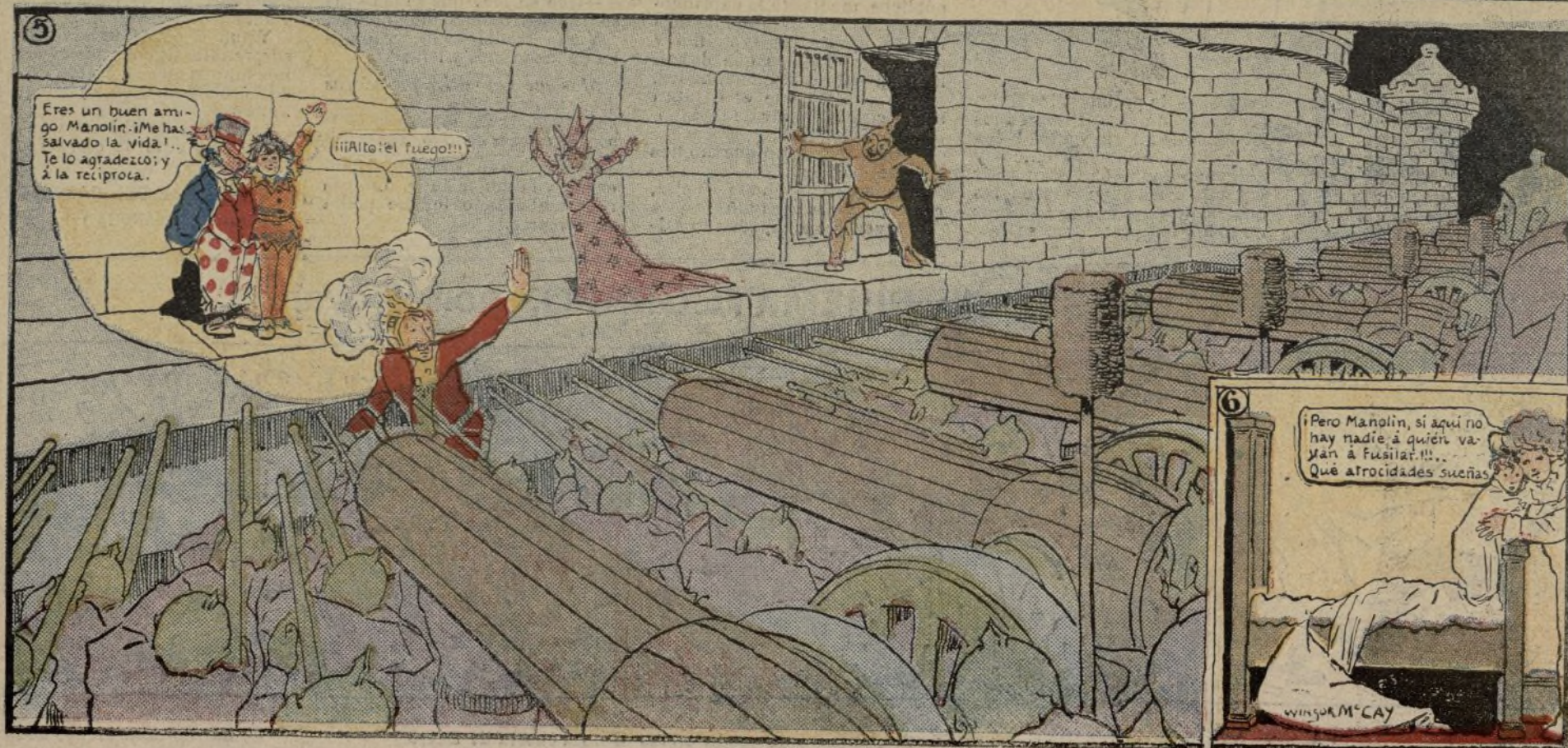
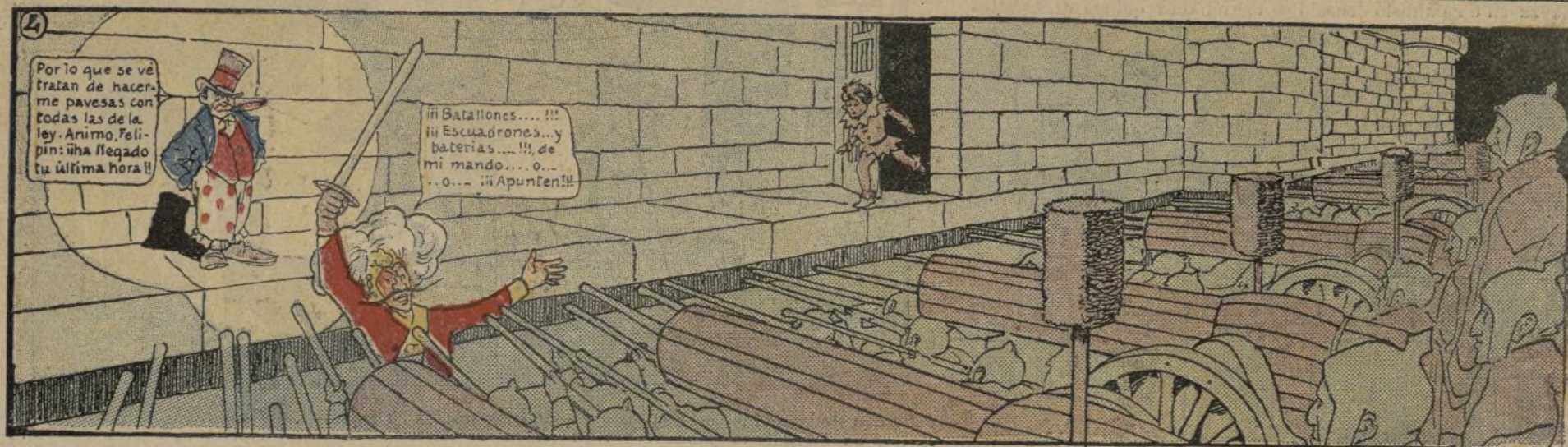
El sombrero de moda en las señoras les sirve de paraguas.



La queta de Enero.



El *Extraordinario* que acaba de salir ahora, con la bomba que ha de estallar mañana en Barcelona.



Originales propiedad del «NEW YORK HERALD».

Impreso en máquina rotativa especial para colores. En el taller tipográfico de EL IMPARCIAL, Mesonero Romanos, núm. 31, Madrid.